



Modelos de escucha de la Palabra de Dios (Hch 8,28; 16,14; Lc 10,39)

+ SANTIAGO SILVA RETAMALES

1)- Palabra de Dios y escucha del discípulo

Los siguientes *modelos bíblicos* nos ayudarán a fijar *qué disposiciones* requiere el discípulo de Jesús y la comunidad creyente para que la *Sagrada Escritura* sea *Palabra de Dios* viva y eficaz (Heb 4,12) de manera «que Cristo llegue a tomar forma definitiva» en cada uno de sus discípulos (Gál 4,19).

2)- El ministro etíope o la Palabra comprendida (Hch 8,28)

La catequesis de Felipe está alentada por el Espíritu del Señor quien lo pone ante la persona escogida por Dios para anunciarle la Buena Nueva. La palabra de Felipe explica claramente el misterio del Mesías contenido en el pasaje del profeta Isaías.

¿Cuántas veces tomamos la *Escritura*, la leemos y no la comprendemos, porque nos falta el *catequista* que nos ayude a penetrar en el sentido auténtico de los textos bíblicos?

La acción del diácono Felipe nos enseña que:

- a- *Comprender un texto bíblico* es dar razón de los significados de los términos y del sentido de los acontecimientos, conforme a la mentalidad del autor que escribió dicho texto y de Dios, que nos revela su misterio (ver *Dei Verbum* 12). La Biblia necesita un esfuerzo para «discernir con precisión los sentidos de los textos bíblicos en su contexto propio» (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, pág. 105).
- b- El pasaje inspirado por Dios le sirve a Felipe para *conducir al funcionario a la fe en Jesús* en cuanto Mesías e Hijo de Dios, para que en él tenga vida eterna. Felipe explica el texto para provocar el encuentro del etíope con Jesús, Palabra de Dios.
- c- El encuentro con la Palabra se completa con la *celebración del sacramento* del bautismo que ilumina el corazón del funcionario, haciendo posible en él, el gozo de la salvación.

3)- Lidia o la Palabra aceptada con corazón limpio (Hch 16,14)

LIDIA no es judía, pero practica el judaísmo y adora al Dios de Israel. Se destaca por su hospitalidad y su fe sincera en Dios y, luego, por su adhesión a Jesús,



el Mesías anunciado por Pablo. Era un sábado. Escuchaba el anuncio del «camino de la salvación». El Señor «*le abre el corazón* para que aceptara las palabras de Pablo», quien predica a Jesucristo (Hch 16,14). Con su conversión y la de los suyos, se inicia la primera comunidad cristiana en Filipos.

El “corazón” representa en el mundo bíblico *el centro de la persona* donde “se guardan” -como en una “bodega” (2 Cor 7,2-3)- pensamientos y sentimientos, decisiones, recuerdos. El corazón es la *sede de la inteligencia* y de los *afectos*, que hace posible la comprensión del sentido de las cosas y de los acontecimientos, es la *sede de la voluntad* gracias a la cual se toman decisiones, y la *sede de la memoria* que almacena -como en un cofre- el recuerdo de las cosas valiosas, como la Ley (Dt 6,6) y las acciones de Dios (Lc 2,50-51).

Dios *abre el corazón* cuando lo purifica de obstinaciones e impurezas de modo que albergue sólo aquello que le permita configurar una vida en consonancia con la voluntad del «verdadero Dios», sin dejarse dominar por la maldad y la idolatría (Ap 2,20-25). Por lo mismo, Dios abre el corazón, *cuando regala* un «corazón sincero», de «fe auténtica» (1 Tim 1,5), de «conciencia pura», limpia «de todo mal» (Heb 10,22). Sólo este corazón es capaz de *escuchar la Palabra* y dar frutos de justicia, caridad y paz (2 Tim 2,22). Lo contrario a un hombre de corazón abierto, es uno de “corazón obstinado” que por incrédulo y rebelde rechaza el plan salvador de Dios (Rm 2,5-8), y uno de “corazón impuro”, que por no tener cabida la fe, se aleja «del Dios vivo» (Heb 3,12).

Por tanto, la Palabra de Dios *se escucha-obedece* de verdad, cuando Dios *abre el corazón* y lo transforma -al derrotar la maldad y la idolatría- en tierra buena para la semilla de la Buena Nueva.

4)- María, hermana de Marta, o la Palabra que hace discípulos (Lc 10,39)

“Sentarse a los pies” de Jesús para escuchar su palabra es una de las metáforas que mejor describe al discípulo.

La verdadera familia de Jesús son aquellos que “se sientan a su alrededor” (Mc 3,31-35). No lo son los parientes que llegan a buscarlo, porque estiman que deshonor a la familia con su comportamiento (3,21) ni los maestros de la ley, venidos de Jerusalén, que piensan que está endemoniado (3,22). Su nueva familia y su nuevo pueblo son sus *discípulos que se sientan a sus pies* y lo aceptan como Mesías de Dios. Quien no se sienta a los pies de Jesús, pone en peligro su identidad de discípulo al *no escuchar al Señor*.

Según los evangelios sinópticos, las *notas distintivas* del discípulo de Jesús son tres: a)- *seguir a Jesús* para escucharlo, ser testigos de sus acciones, conocer su proyecto y adquirir sus sentimientos; b)- la *ruptura con la familia* por el anuncio del Reino, y c)- la *itinerancia*, la *persecución* y la *pobreza* propias de la misión de un profeta de Dios.



En el relato de Lucas, Marta representa a los cristianos venidos del judaísmo, atados aún al cumplimiento de la ley mosaica y de las tradiciones judías. María, en cambio, representa a los cristianos (judíos o no) que, desde la novedad de Jesucristo y del Reino, interpretan las leyes mosaicas: les importa *escuchar al Mesías* que da cumplimiento a la voluntad de Dios revelada en la antigua alianza por Moisés.

Marta, dueña de casa, está «atareada» con todo el servicio que exige una buena hospitalidad. Dos verbos retratan el espíritu que domina en Marta: *anda inquieta* (o “preocupada, afanada”) y *afligida* (o “turbada, molesta”; Lc 10,41). María, en cambio, escapa a la lógica de las cosas y acepta la lógica de Dios: ella se da tiempo para sentarse a los pies de Jesús y escuchar al «Hijo amado» del Padre (3,22). Mientras Marta se afana por *alimentar al Maestro* con una febril actividad, María se afana por *alimentarse del Maestro* sentada a sus pies.

María se sienta a los pies de su Señor para “escuchar su palabra”. En griego, los verbos “escuchar” (*akoúō*) y “obedecer” (*yp-akoúō*) comparten la misma raíz por lo que muchas veces en la Biblia “escuchar” significa simplemente *obedecer*. Toda otra disposición que no sea “escuchar”, todo otra actividad que no sea “sentarse a sus pies se vuelve secundaria (Lc 12,31-33). Lo sustantivo del discípulo es *escuchar - obedecer* al Padre que habla por Jesús, su Verbo.

Para el discípulo, “escuchar al Padre” se convierte en:

- ♦ “aceptar estar con Jesús”: *vocación* (Mc 3,13; Hch 4,13);
- ♦ “seguir tras él”: *formación* (Mt 4,20.22; 8,19; Lc 5,11)
- ♦ para conocer y hacer “su camino”: *estilo de vida* (Hch 9,2; 18,26; 19,23)
- ♦ y “ser su testigo”: *misión* (Hch 1,22; 4,20; 5,32).

La propuesta de Jesús no es otra que la *religión del diálogo* que mira a la *comunión* de los que dialogan, escuchándose y ofreciéndose (Heb 1,1-4).